

vestido arruinado que la polilla devora, agua corrompida donde se forman y bullen los insectos más asquerosos, alimento desabrido que se arroja de la boca y no se vuelve á tomar jamás. No debe ser apedreado el perezoso con piedras, no es digno de ellas; sino con el estiércol de los bueyes (1).

1. De stercore boum lapidatus est piger; et omnis qui tetigerit eum excutiet manum ejus. *Eccl.* xxii, 2; xxiii, 29; *Prov.*, vi, 11; x, 26; xiii, 4; xxiv, 30.—*De stercore boum*, dicen los comentadores: porque el buey es modelo de trabajo.

## CAPITULO XXXI.

### EL DON DE CONSEJO.

SUMARIO.—Lo que es el don de consejo.—En qué se distingue de la prudencia y del don de ciencia.—Efectos del don de consejo.—Respecto á nuestra vida y la vida de los demás.—Palabras de Donoso Cortés.—El don de consejo ha creado las órdenes religiosas.—Explicacion de este hecho.—Inmenso beneficio del don de consejo.—Necesidad del don de consejo; se opone á la avaricia.—Explicacion.—Naturaleza de la avaricia y sus efectos con relacion al hombre y al mundo.

El don ó espíritu de fortaleza, superior á esta virtud en extension y energía, tiene dos objetos: hacer y padecer. Está colocado en medio de los siete dones como un rey en medio de sus oficiales para protegerlos y dirigirlos. Gracias á su influencia, se hace el hombre capaz de llevar á feliz término la gran empresa para que está en el mundo, la conquista del cielo. Entonces retroceden delante de él las tres potencias, coligadas para detener su marcha: el demonio, la carne y el mundo; y él soporta con valor indomable las fatigas del eterno combate y ofrece al cielo y á la tierra el más bello espectáculo que puedan contemplar.

Este don de fortaleza, necesario al hombre, á la sociedad y á la humanidad entera para hacer ó padecer noblemente grandes cosas, no lo es ménos para preservar de la esclavitud del espíritu contrario, que es la pereza. Esta que degrada al hombre y lo empobrece, y hace despreciable, ofrece un triste contraste con el espíritu de fortaleza, tal como se ha manifestado en todos los siglos y se manifiesta hoy mismo en todos los países católicos.



Mas para hacer ó padecer en conformidad al fin de la vida, no basta tener vigor para hacer y para sufrir; ese vigor tiene que ser dirigido. "Mal se corre, dice San Agustin, si no se sabe hácia donde: *Non bene curritur, si quo currendum est nesciatur.*" Pues bien, el dirigir el vigoroso aliento del hombre esforzado, toca al don de consejo. Lo veremos estudiando nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de consejo? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1º ¿Qué es el don de consejo? *El consejo es un don del Espíritu Santo que nos hace discernir con certidumbre los mejores medios de llegar al cielo* (1). Este nombre es admirable. Consejo es el parecer que alguno nos da. ¡Qué noble don! En una multitud de circunstancias el hombre es incapaz de decidirse por sí mismo. ¿Qué hace entónces para salir de su incertidumbre? Pide consejo; y esta conducta no puede ser más sabia. *Hijo mio*, decia Tobías, (IV, 19), *pi-de siempre consejo al sábio*. De un buen consejo pueden depender la fortuna, el honor, la vida.

¡Cuántos yerros, disgustos y lágrimas puede excusar! Ahora bien, en el único negocio importante, en el único que tiene consecuencias eternas, en el negocio de la salvacion, el Espíritu Santo mismo tiene á bien ser nuestro consejero, y lo es por el don en que nos ocupamos.

Este don se distingue de la virtud de la prudencia y del don de ciencia. Se distingue de la prudencia, en su principio, su extension y su certidumbre. En su principio: la razon es el principio de la prudencia natural, pero mediante el don de consejo el Espíritu Santo mismo es quien nos guía.

En extension: la virtud de la prudencia, ahora sea natu-

1. Consilium est donum quo Spiritus Sanctus dirigit nos in omnibus quæ ordinantur in finem vitæ æternæ, sive sint de necessitate salutis, sive non. *S. Anton.*, IV, p., tit. XII, c. 1.

ral ó sobrenatural, no puede ni abrazar ni preveer todos los medios más propios para llegar al objeto apetecido: y á pesar de toda su aplicacion "los pensamientos de los hombres son tímidos, é inciertas nuestras providencias (1)." Por el contrario, el don de consejo se extiende á todo lo que nos es necesario conocer para decidirnos sábiamente en un caso dado. En certidumbre. Nadie ignora los cálculos y tanteos que preceden á una determinacion importante, las vacilaciones que la acompañan, y las incertidumbres que la siguen. En el don de consejo no hay nada de esto. El mismo Espíritu Santo nos comunica su luz y determina nuestra eleccion (2).

En cuanto á la diferencia entre el don de consejo y el don de ciencia, he aquí en qué consiste: Al comunicarnos el don de ciencia el conocimiento cierto de la verdad, nos hace capaces de discernir fácilmente lo verdadero de lo falso, y el bien del mal. El don de consejo va más léjos. Nos hace distinguir y escoger entre lo verdadero y lo más verdadero, entre lo bueno y lo mejor: es decir, que nos indica los medios más apropiados á nuestro fin supremo, segun las circunstancias de tiempos, lugares y personas.

Empero, no basta considerar en sí mismo el don de consejo; para conocerlo bien, es menester verlo en sus efectos.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de consejo? Acabamos de indicarlos diciendo que el don de consejo nos hace escoger los medios más á propósito para alcanzar nuestro últi-

1. *Sap.*, IX, 14.

2. Unde donum consilii respondet prudentiæ, sicut ipsam adjuvans et perficiens. *S. Thom.*, 2, 2, q. 52, art. 2.—Indiget homo in inquisitione consilii dirigi et elevari á Deo qui omnia comprehendit Et hoc fit per donum consilii. *S. Anton.*, IV, p., tit. XII, c. 1.



mo fin. Esto quiere decir, que este don divino nos preserva de las desgracias, desesperadas muchas veces, á que nos conduciría una eleccion imprudente. Esto significa tambien, que nos ayuda á hacer nuestras obras, como el mismo Dios hace las suyas, con número, peso y medida. Esto denota, en fin, que como miembros que somos del gran cuerpo del Verbo encarnado, nos coloca á cada uno en su lugar y nos hace funcionar de manera que se procure, sin embarazo, la armonía del conjunto: armonía magnífica, poderosa unidad, que es el fin de todos los dones y operaciones del Espíritu Santo.

El don de consejo es de un uso incesante. Como el ciego necesitade un guia para todo, así el hombre, quien quiera que sea, niño, mozo ó viejo, rico ó pobre, rey ó vasallo, eclesiástico ó seglar, tiene necesidad de ser dirigido en cada uno de sus actos, y lo es en realidad. Y esto que es verdad en los individuos, lo es en la familia, y en las sociedades, y en el género humano entero. ¡Desgraciado; pues, aquel que en el gobierno de su vida ó de la vida de otros desdeña el Espíritu de consejo! ¡Mas desgraciado todavía el que busca el espíritu de consejo donde no está! Y está donde esté el Espíritu Santo, y no está más que allí, y está en proporcion de las comunicaciones del Espíritu Santo. De aquí proviene que los santos, es decir, los hombres de buen consejo por excelencia, son verdaderos tesoros para el mundo.

“Si el género humano, dice Donoso Cortés, no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés, escogería por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas que yo conozco,

y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solución práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios más árdusos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al revés, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales, y sobre todo, de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos (1).”

Si nosotros ignoramos individualmente los beneficios personales del Espíritu de consejo, el mundo no debe ignorar que le es deudor de la más útil y perfecta de sus instituciones. ¿Cuál es? La gran institucion de las órdenes religiosas. Oigamos á los príncipes de la teología contar la historia de esta creacion maravillosa, y por rendir homenaje al Espíritu de Consejo, recordemos que la antigüedad no conoció cosa semejante, que las órdenes religiosas comenzaron con la efusion del Espíritu Santo en el Cenáculo, y que desaparecen de todos los lugares de donde el Espíritu Santo se retira.

“Siendo Dios la perfeccion, enseñan Santo Tomás y San Agustin, la gloria y felicidad del hombre consisten en estar unido á El de la manera más íntima; porque este es su fin. Mas por las preocupaciones y obstáculos de la vida ordinaria, tal union es imposible; por esta razon, la ley añade á los preceptos los consejos, los cuales se ordenan á despegar al hombre, cuanto es posible, de todas las solicitudes de la vida presente.

1. *Ensayo*, &c., lib. 2, cap. 8.



Sin embargo, este despego no es tan necesario que sin él no pueda el hombre alcanzar su fin. La virtud y la santidad no son incompatibles con el uso racional de los bienes terrestres. De esta manera, las advertencias de la ley divina no se llaman preceptos sino consejos, en cuanto persuaden al hombre á despreciar lo ménos por lo más y lo peor por lo mejor. Pues bien, en el estado presente los cuidados del hombre tienen tres objetos: nuestra persona, qué deba hacer, dónde haya de habitar; las personas que nos están unidas por los lazos más íntimos, como la esposa y los hijos; finalmente, los bienes exteriores y los medios de adquirirlos ó conservarlos.

Para romper de un golpe estos tres obstáculos de la union íntima con Dios, el Verbo encarnado da tres consejos, que el Espíritu Santo hace gustar y tomar por regla de conducta. La pobreza voluntaria quita todos los cuidados de los bienes terrestres. La virginidad y la castidad voluntaria despegan el alma de toda solitud de los bienes del cuerpo. La obediencia voluntaria libra de todos los afanes que la independencia de la voluntad ocasiona relativamente á la conducta de la vida y los bienes del espíritu (1).

Los discípulos del crisma, *alumni chismatici*, que tienen valor para llevar á cabo este heróico desprendimiento de todo, pueden cantar con el salmista: *Nuestra alma como pájaro escapó del lazo de los cazadores: el lazo se rompió y nosotros quedamos libres* (103). Nada les impide desde entonces hacer de Dios el centro de todas sus afecciones y gravita hácia El con todas las potencias de su sér. A vista de todo el mundo cumplen en el orden moral la gran ley que preside al mundo planetario, donde todos los astros gravitan hácia el sol empujados por una fuerza irresistible.

1. *S. Anton.*, iv, p., tít. xii, c. 2.

¿Qué más diremos? Amar como ellos aman es orillar, romper, conculcar todos los obstáculos que pueden retardar la velocidad de su movimiento hácia Dios ó desviar su dirección. También en esto cumplen en el orden moral la ley que preside al movimiento terrestre, donde vemos los torrentes y los ríos arrollando á su paso todo lo que se opone á su curso impetuoso hácia el Océano.

Ahora calculemos, si es posible, todos los servicios y beneficios que la humanidad debe á las órdenes religiosas así en el orden temporal como el moral, y sabremos en parte lo que el mundo debe al solo don de consejo. Decimos *en parte*; como quiera que si conocemos los bienes de que el espíritu de consejo nos colma, nos queda todavía saber los males de que nos libra. La respuesta á la cuestion siguiente acabar á de instruirnos.

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de consejo? Por cuanto el hombre no tiene la verdad en sí mismo, es un sér enseñado; y porque es un sér enseñado, es forzosamente un sér dirigido. Pues bien, igualmente que el mundo, el hombre está también colocado entre dos direcciones opuestas; una que viene del espíritu de luz, y otra del espíritu de tinieblas. Sea lo que sea, y haga lo que haga, tiene que obedecer á la una ó á la otra: imposible le es evadirse de esta alternativa. Si el espíritu de consejo se retira del hombre ó del mundo, su lugar no queda vacío; luego al punto lo ocupa el espíritu contrario que es el de avaricia (1).

Nada es más fácil de probar que la oposicion directa de la avaricia al espíritu de consejo: el cual iluminando nuestro entendimiento, nos hace escoger los medios más á pro-

1. *Spiritus consilii fugat spiritum avaritiæ: quæ nec consilia nec mandata Dei sinit implere, qui jubet vel consulit pauperibus indigentibus subveniri, sed ipsi sibi congregat lutum. S. Anton.* iv, p., tít. X, c. 1.



pósito para alcanzar nuestro último fin. El primero es el desapego de los cuidados de la vida por el desasimiento de las cosas criadas. El segundo consiste en despojarse voluntariamente de todos esos bienes.

¿Qué es la avaricia? El amor desordenado de las riquezas: su efecto inevitable es oscurecer el entendimiento y falsear la voluntad. Apenas entra en un hombre el espíritu de avaricia lo fascina. Los bienes terrenos forman ante sus ojos un espejismo engañoso fuera del cual no ve nada que sea digno de sus pensamientos: persigue este espejismo y se consume contemplándolo, y de puro absorto que está en su contemplación insensata, olvida los verdaderos bienes. En vez de allanar su camino, lo obstruye con mil obstáculos. En lugar de conservar su libertad de acción y de pensamiento, se enreda en intrincados lazos y se pierde en afanes interminables, que son fuentes de amarguras é iniquidades, hasta que la muerte viene á decirle: Tejedor de telarañas, cazador de moscas, constructor de castillos de naipes, hay que partir para la eternidad, y partir con las manos vacías (1). Sí, con las manos vacías de buenas obras, pero repletas de pecados.

La avaricia es una madre fecunda que engendra hijos no ménos criminales que su madre. He aquí algunos: la *dureza de corazón, cordis duritia*. Nada hay más insensible que el avaro. Ni las calamidades públicas, ni los harapos del pobre, ni los lamentos del enfermo, ni las lágrimas del huérfano y de la viuda, son capaces de hacerle desatar el cordón de su bolsa. Tiene sobre su alma el seco y duro sello del metal que adora. *La falsta, falsitas*. No hay mentiras, ni engaños que el avaro escrupulice, sea para ven-

1. *Sap.* iv, 12.—1 *Ad Tim.* vi, 9, 10.—*Telas aranea* texuerunt. *Is.*, lxx, 5.

der, sea para comprar. Entre todas las virtudes la buena fé es la que ménos conoce.

El *fraude, fraud*. De las palabras pasa á los actos. Defraudar en los pesos y medidas, defraudar en la naturaleza y calidad de los objetos, es para el avaro moneda corriente. La *violencia, violentia*. Este nombre tiene que darse á las concusiones públicas, á los robos en grande, á los compromisos escandalosos, á los contratos usurarios, á las intrigas miserables con que se engaña á los crédulos, se abusa de la debilidad, se trafica con la conciencia y se hacen riquezas á expensas del honor y la justicia.

La *traicion, perfidia*. El avaro no tiene más que un amigo, su oro. En un sentido bien diferente que Melchisedech, puede afirmar que no tiene padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ni genealogía alguna en el mundo. El enemistarse con sus parientes y amigos, moverles pleitos, fomentar las divisiones y los odios, descender á todas las bajezas, vivir del egoísmo, de la difamación y la envidia, es cosa sencilla para un avaro, como haya de por medio pérdidas ó ganancias.

Si el espíritu de avaricia se extiende á la sociedad, todos los estigmas justamente aplicados al avaro individual, deberán hacerse extensivos al avaro colectivo. De esta sociedad, de esta nación, de esa muchedumbre se podrá decir con toda verdad, que nadie hay más malvado; que no tiene temor de Dios, ni justicia, ni lealtad; que es un vasto bazar en que todo se vende porque se compra todo, la libertad, el honor, la conciencia; una agregación de filibusteros y piratas que, á ménos de una conversión milagrosa, acabará por no contar más que dos clases de individuos, los engañados y los bribones.

Entretanto, esta sociedad poseída del demonio de la avaricia



ricia, se distinguirá por dos caracteres. Latente ó manifiesta, será permanente en ella la guerra de los que no tienen contra el que tiene. Revoluciones incesantes traerán catástrofes sin fin, como justo castigo de gente que cambió su Dios por el becerro de oro. La locura reemplazará la razón, el tiempo será preferido á la eternidad, lo que es ménos á lo que es más.

¿Qué sabiduría, qué buen sentido, pregunta la Escritura, qué elevación de inteligencia puede quedar á aquel que está soldado á su arado, que constituye su gloria en sus máquinas y en la aguijada con que pica á los bueyes, que no habla más que de pastos, agricultura y trabajos materiales, cuyas conversaciones son todas de becerros, cuyo corazón está hundido en los surcos de sus tierras y su pensamiento en la manteca de sus vacas (1)?

Salvar al mundo de semejante degradación, ¿no será hacerle un beneficio inmenso? ¿De quién se puede esperar? ¿Acaso de los legisladores, filósofos ú otros semejantes? No, de modo alguno, sino del Espíritu de consejo, y solo de él. ¡Y el mundo lo olvida!

1. Avaro nihil est scelestius; nihil est iniquius quam amare pecuniam.. hic enim et animam suam venalem habet. *Eccles.*, x, 9, 10. *Eph.*, v, 5. *Eccl.*, xxvii, 1.—¿Qua sapientia replebitur qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agit, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum? Cor suum dabit ad versandos sulcas et vigilia in sagina vaccarum. *Eccl.*, xxxviii, 25-27.

## CAPITULO XXXII.

### EL DON DE ENTENDIMIENTO.

SUMARIO.—Lo que es.—En qué se diferencia de la fé y del don de ciencia.—Sus efectos obra sobre el entendimiento y sobre la voluntad.—De qué modo.—Ejemplo de los apóstoles.—Lo que es el cristiano sin el don de entendimiento.—Lo que es cuando lo posee.—Su necesidad.—De qué espíritu nos libra.—Palabras de San Antonino.—El espíritu de gula y sus efectos.—La debilitación de la inteligencia.—La loca alegría.—La inmodestia.—La pérdida de la fortuna y de la salud.—Cuadro del sensualismo actual.

En medio de las tinieblas de la noche, el niño distingue entre mil la voz de su padre; tan pronto como la oye, corre hácia donde esa voz le llama. Lo mismo pasa con el alma dirigida por el don de consejo. Entre los diferentes partidos que se le presentan y los movimientos diversos que la solicitan, distingue sin trabajo el partido que debe tomar y el movimiento que ha de seguir. El don de consejo, obrando sobre la voluntad, no menos que sobre el entendimiento, imprime al alma un fuerte impulso que la hace vencer los movimientos de la naturaleza y la torna dócil á los movimientos de la gracia. De aquí nace una rectitud de intención, una pureza de los afectos y una sabiduría de conducta que hacen divina su vida entera. De aquí también resulta una generosidad constante y á veces heroica para hacer toda clase de sacrificios y desasirse de los obstáculos que le impedirían llegar á la perfección.

Si nos quedamos en el mundo, es el desapego de las criaturas y en especial de las riquezas: si el impulso es más